

**ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS MORALES
Y POLÍTICAS**

**RAYMOND ARON
O EL DIÁLOGO ENTRE LAS LIBERTADES**

Natalio R. Botana



**BUENOS AIRES
2006**

RAYMOND ARON
O EL DIÁLOGO ENTRE LAS LIBERTADES

*Comunicación del académico Natalio R. Botana
en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 10 de mayo de 2006*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

Fotografía de portada de Marcos Chamudes

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@infovia.com.ar

Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos de Roberto Peiró
Solís 2116 - Capital Federal en el mes de mayo de 2006.

JUNTA DIRECTIVA 2005 / 2006

| | |
|---------------------------------|------------------------------------|
| <i>Presidente</i> | Académico Gregorio Badeni |
| <i>Vicepresidente</i> | Académico Alberto Rodríguez Varela |
| <i>Secretario</i> | Académico Hugo O. M. Obiglio |
| <i>Tesorero</i> | Académico Jorge Emilio Gallardo |
| <i>Prosecretario</i> | Académico Isidoro J. Ruiz Moreno |
| <i>Protesorero</i> | Académico Horacio Sanguinetti |

ACADÉMICOS DE NÚMERO

| Nómina | Fecha de nombramiento | Patrono |
|-------------------------------------|------------------------------|-------------------------------|
| Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA . | 03-08-76 | Mariano Moreno |
| Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE . | 21-11-79 | Rodolfo Rivarola |
| Dr. Pedro J. FRÍAS | 10-12-80 | Estanislao Zeballos |
| Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA . . | 28-07-82 | Pedro E. Aramburu |
| Dr. Natalio R. BOTANA | 11-07-84 | Fray Mamerto Esquiú |
| Dr. Ezequiel GALLO | 10-07-85 | Vicente López y Planes |
| Dr. Horacio SANGUINETTI | 10-07-85 | Julio A. Roca |
| Dr. Carlos María BIDEGAIN | 25-06-86 | Fray Justo Santa María de Oro |
| Dr. Carlos A. FLORIA | 22-04-87 | Adolfo Bioy |
| Dr. Leonardo MC LEAN | 22-04-87 | Juan B. Justo |

| Nómina | Fecha de nombramiento | Patrono |
|--------------------------------------|-----------------------|--------------------------|
| Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA . | 22-04-87 | Nicolás Avellaneda |
| Dr. Gerardo ANCAROLA | 18-12-92 | José Manuel Estrada |
| Dr. Gregorio BADENI | 18-12-92 | Juan Bautista Alberdi |
| Dr. Eduardo MARTIRÉ | 18-12-92 | Vicente Fidel López |
| Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO | 18-12-92 | Bernardino Rivadavia |
| Dr. Jorge R. VANOSSI | 18-12-92 | Juan M. Gutiérrez |
| Dr. Félix LUNA | 23-04-97 | Roque Sáenz Peña |
| Dr. Víctor MASSUH | 23-04-97 | Domingo F. Sarmiento |
| Dr. Hugo O. M. OBIGLIO | 23-04-97 | Miguel de Andrea |
| Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN | 23-04-97 | Manuel Belgrano |
| Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA | 28-04-99 | Benjamín Gorostiaga |
| Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU | 28-04-99 | José de San Martín |
| Dr. Adolfo Edgardo BUSCAGLIA | 10-11-99 | Dalmacio Vélez Sarsfield |
| Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI | 27-11-02 | Justo José de Urquiza |
| Dr. Bartolomé de VEDIA | 27-11-02 | Carlos Pellegrini |
| Dr. Carlos Manuel MUÑIZ | 24-09-03 | Nicolás Matienzo |
| Dr. Miguel M. PADILLA | 24-09-03 | Bartolomé Mitre |
| Sr. Jorge Emilio GALLARDO | 14-04-04 | Antonio Bermejo |
| Dr. René BALESTRA | 14-09-05 | Esteban Echeverría |
| Dr. Alberto DALLA VÍA | 14-09-05 | Félix Frías |
| Dr. Rosendo FRAGA | 14-09-05 | Cornelio Saavedra |
| Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS . . | 14-09-05 | Ángel Gallardo |
| Dr. Mario Daniel SERRAFERO | 14-09-05 | José M. Paz |
| Dr. Juan Vicente SOLA | 14-09-05 | Deán Gregorio Funes |

RAYMOND ARON O EL DIÁLOGO ENTRE LAS LIBERTADES

Por el académico DR. NATALIO R. BOTANA

La celebración de los cien años de Jean-Paul Sartre (1905-1980) y de Raymond Aron (1905-1983) se desarrolló en un escenario donde resplandeció más la luz del primero. Acaso se trate de un brillo propio, que aún prosigue emitiendo destellos, o tal vez de un montaje dispuesto por medio de grandes exposiciones, conferencias y profusión de artículos evocativos: lo cierto es que Raymond Aron, el antiguo camarada de estudios de Sartre y su contrincante en más de una polémica, está ubicado en estos inevitables torneos de la memoria, en un discreto segundo lugar.

El espectáculo de estas celebraciones no deja, por consiguiente, de inspirar en más de uno una sensación de perplejidad. Aun en el caso de un liberal como Mario Vargas Llosa, admirador confeso de Aron, se advierte una mirada más atenta a Sartre que al mismo Aron según resulta de un artículo publicado el año pasado en *La Nación* y *El País* de Madrid. Al padre del existencialismo de posguerra se lo venera, critica o denuesta; a Raymond Aron, en cambio, se lo contempla en un horizonte lejano al modo de alguien que, a la postre, tuvo razón. Su razón, si la tuvo, no despierta en efecto entusiasmos.

¿Por qué este engarce entre pasión y desencanto? Tal vez habría que destacar aquí la imagen del intelectual en el mundo

contemporáneo. Desgastada por sus errores y condenada por sus excesos, esa imagen conserva, no obstante, el atractivo de la desmesura, de la grandiosidad si se quiere, de un personaje capaz de proyectar su pensamiento en cualquier momento y lugar: un hacedor de géneros, un productor de ficciones, tratados filosóficos y ensayos políticos, dispuesto a manifestar su opinión sobre todo aquello que caiga en sus manos. Sartre representó este audaz compromiso como muy pocos en su tiempo y sirvió de ejemplo a una pléyade de escritores latinoamericanos que, coincidentes con su pensamiento o en las antípodas del mismo, siguieron la luz de semejante faro. Con Aron, en cambio, las cosas se ubicaron en un carril en gran medida diferente. Es lo que procuraré mostrar en los párrafos siguientes.

La soledad de Raymond Aron

Como sabemos, Aron dejó este mundo rodeado por una generosa admiración. El diálogo público que mantuvo con dos discípulos, que luego recogió *Le Spectateur engagé* en 1981, y la unánime aclamación que despertaron sus *Mémoires* (publicadas en 1983, el mismo mes en que un paro cardíaco lo desplomó en la puerta del Palacio de Justicia de París, a donde había concurrido para defender en un juicio por calumnias a Bertrand de Jouvenel), quizá le habrían hecho presentir, al viejo testigo del siglo XX, una gloria tan súbita como inesperada. Sí, ese Aron que callaba definitivamente era un intelectual indiscutible, uno de esos héroes de la razón que la opinión francesa suele consagrar de tanto en tanto.¹ Empero, ese final no reflejó las tensiones que atravesaron su biografía y el tenaz esfuerzo de un solitario de cara a la

¹ El mejor homenaje póstumo es la recopilación de la revista *Commentaire*, que Aron fundara en 1975: "Raymond Aron, 1905-1983. Textes, études et témoignages." (Nº 28/29, invierno 1985, 541 pp).

intoxicación del pensamiento contemporáneo por lo que él llamaba las religiones seculares.

Recordemos la imagen estereotipada: Aron, observador lúcido y distante de los acontecimientos, que echa sobre el mundo una mirada melancólica. ¿Representa acaso esta silueta las peripecias de una vida que abarcó las tragedias del nazismo y del estalinismo, así como los años de prosperidad de la posguerra? Judío, condenando por la locura colectiva al aniquilamiento, Aron padeció durante su estadía en Alemania, entre 1930 y 1933, el “choque” de la historia, la súbita revelación de un conductor y un partido aptos para merecer el mote de monstruosos, nacidos ambos de las entrañas de aquella república de Weimar, huérfana de consenso y, por tanto, de legitimidad.

Esa súbita presencia del mal en la historia fue, para el alumno y compañero de Sartre y Nizan en la *École Normale Supérieure*, algo semejante a una revancha del lado oscuro de la naturaleza humana contra las esperanzas que un filósofo, educado en la tradición kantiana, depositaba en el progreso de la razón. Desde entonces, el conocimiento de esa suerte de falla geológica en la cadena del perfeccionamiento humano habrá de inspirarle a Raymond Aron tres preguntas para comprender nuestra existencia política: ¿qué puedo saber de la historia?, ¿qué me puede enseñar la historia?, ¿qué debo hacer como ciudadano? Límites del conocimiento, límites de la acción humana, deberes morales frente a nuestra circunstancia: todo el dramatismo de las decisiones que marcaron la biografía de Aron está encerrado en este triple interrogante.

No hay más que repasar a vuelo de pájaro las etapas de su vida para percibir la intensidad de esa obsesiva carrera en pos del bien moral y del discernimiento de los límites de la conducta, teórica y práctica, en escenarios que varían sin cesar. Destinado a una carrera universitaria, la guerra lo apartó de los claustros y poco menos que le impuso su primera decisión: marchó al exilio en Londres y allí aprendió, en las páginas de una revista de resisten-

cia, el oficio de periodista, una segunda vocación que jamás abandonará. De regreso a París, luego de la liberación, se dejó tentar por la labor discreta del asesoramiento político (acompañó brevemente durante el gobierno provisional a De Gaulle y Malraux) y formó parte de las revistas *Combat* y *Les Temps modernes*, hasta que la publicación de *El opio de los intelectuales*, en 1955, atrajo sobre él la condena de quienes habían sido sus amigos intelectuales.

Segundo ostracismo: Aron no perdonó la doble moralidad de los que él llamaba “confidentes de la Providencia:” Sartre, Merleau-Ponty, y todos aquellos que, en nombre de un pretendido saber acerca de la marcha ineluctable hacia el socialismo, justificaban los crímenes en masa del estalinismo en los nuevos campos de la muerte (Khrushchev aún no los había denunciado ni, por cierto —eso vendrá más tarde—, Soljenitsin había dado a conocer el *Gulag*). Esa abdicación de los medios en aras de un fin humanitario provocaba en él una repulsa tan vigorosa como la que acompañó su combate contra el nazismo. Bien podía cierta derecha darse por satisfecha: Aron cruzaba en efecto la frontera. Pero el regocijo tuvo corta duración porque la condena de Aron a la tortura que los militares franceses practicaban en la Argelia colonial (método que posteriormente se expandió hacia distintos puntos del planeta) respondió a un mismo severo deber moral.

Poco tiempo después volvió a la universidad. Era el momento del “degaullismo” triunfante, hacia 1958, cuyo ciclo se clausuró una década más tarde con la rebelión estudiantil de mayo de 1968. Tercera ruptura: en lugar de adoptar la actitud fácil de quien se muestra solidario con ese movimiento proclive al espectáculo revolucionario, Aron lo enfrentó con una dureza de la cual ha quedado el testimonio de *La Révolution introuvable* (1968), uno de sus cortos ensayos más polémicos.

¿Reposo, serenidad, visión comfortable de quien ha resuelto apartarse para ver mejor? Al contrario. La hazaña de Aron con-

sistió en haber practicado esa toma de distancia envuelto en el fragor del compromiso. No rehuyó el dramatismo de las decisiones que lo arrinconaron en la soledad, porque tampoco rindió tributo a las escuelas que incitan al faccionalismo intelectual. Sintetizó Aron esta perspectiva de la vida en una lección en el *Collège de France*, cuando rechazó la ideología revolucionaria y afirmó la ética reformista; descartó al platonismo, con su geometría política de ambición totalizante, y apostó por un sobrio conocimiento de los límites de la realidad. Así supo establecer la distinción, tantas veces evocada en sus textos académicos e innumerables artículos periodísticos, entre, por un lado, el político de la razón universal, señor omnipotente del pasado y presente, profeta que anuncia un porvenir inevitable, y, por otro, en difícil confrontación, el político del entendimiento, modesto servidor de la libertad que defiende ese destino en situaciones siempre diversas. A partir de esta tolerante actitud, Aron creía que podía desenvolverse la ética de un liberalismo de nueva especie, según la expresión de Tocqueville.

El poder y la libertad

Este modo de ver y estar en el mundo pertenece a un linaje quizás en extinción, cuya traza es perceptible en el *philosophe* de la Ilustración: historiador y filósofo, economista y sociólogo, pensador político, publicista inagotable, Aron no ha dejado una obra acabada, de ésas que dan origen a escuelas estrictas, sino una síntesis abierta.² En ella están presentes, envueltos por el afecto de quien siempre frecuenta autores ilustres, los interrogantes del filósofo y el cuidado por el detalle del historiador. ¿Qué sentido ten-

² La obra de Aron es inmensa. En mi opinión, sus libros más importantes son los siguientes por orden cronológico (señalo en francés los títulos no traducidos según mi conocimiento): *La sociología alemana contemporánea* (1935); *Introducción a la filosofía de la historia* (1938); *La Philosophie critique de l'histoire* (1938); *El opio de los intelectuales* (1955); *Dimensiones de*

drían sus libros si no contuviesen el diálogo crítico a través de tres siglos –por instantes una polémica cara a cara– con Kant y Montesquieu; Marx, Tocqueville y Clausewitz; Weber, Pareto y Sartre?

Grandes obras para un interlocutor. Sin esa conversación tendida, Raymond Aron sería un escritor vacío. La historia de las ideas era para él la mediadora del conocimiento hipotético; el co-tejo con el presente, en esa lucha diaria por superar la fugacidad de los hechos, arroja en cambio la prueba de una verdad tan provisoria como la teoría que había inspirado las preguntas preliminares. Alguna vez Aron sostuvo que la teoría precede a la historia. En rigor, esa disposición de los tramos que van formando el razonamiento científico tiene aires de familia con la tradición de Dilthey, Rickert y Weber. Allí conviven, en efecto, la pasión del sabio, la disciplina del historiador y la percepción del sociólogo. El sabio con sus preguntas acaso inéditas a una materia inagotable; la disciplina del historiador que descubre una adecuación causal en los acontecimientos para explicar lo que pasó; y, por fin, la percepción del sociólogo que no solamente observa –al modo de un discípulo de Durkheim– los hechos sociales y las creencias colectivas ajenas al individuo, sino que se adentra en el universo de la intención subjetiva del actor y en aquel terreno aún más cautivante, donde aparecen la paradoja de las consecuencias y los efectos no queridos de la acción humana.

Todos estos tópicos dieron pie a un sinnúmero de meditaciones que Aron volcó sobre los lugares clásicos de la conciencia

la conciencia histórica (1960); *Paz y guerra entre las naciones* (1962); *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial* (1962), *La lucha de clases* (1964); *Ensayo sobre las libertades* (1965); *Democracia y totalitarismo* (1966); *Las etapas del pensamiento sociológico* (1967); *Études politiques* (1972); *Penser la guerre: Clausewitz* (1976); *Le Spectateur engagé* (1981); *Mémoires* (1983) y *Lecciones sobre la historia*, Cursos del Collège de France, 1996. Son recomendables dos biografías intelectuales: Nicolas Bavarez, *Raymond Aron, un moraliste au temps des idéologies*, París, Flammarion 1993, y Tony Judt, *The Burden of Responsibility: Blum. Camus, Aron, and the French Twentieth Century*, Chicago.Londres, University of Chicago Press, 1998.

histórica, esas encrucijadas en las cuales estalla el destino y a la persona la interpela una situación límite. Pensador del poder y la libertad, el Peloponeso de Tucídides fue para él la escena planetaria del siglo XX. Siempre padeció su espíritu con la intuición que Maquiavelo tenía de la dimensión belicosa del hombre. La paz era una obra de arte, frágil como toda empresa humana, cuyo derrotero lo fijaban los Estados nacionales en un sistema de relaciones heterogéneo y desigual.

Esta visión de un poder que puede desatar demonios (como los que hostigaban a Max Weber) fue para Aron un punto de referencia inexcusable para proyectar sobre el mundo internacional la teoría “hobbesiana” del estado de naturaleza, y reconocer en la política una empresa por esencia incompleta que pretende justificar al mismo tiempo la autoridad y la obediencia. He aquí, entonces, una actitud anclada en lo que Aron llamaba, sin ninguna pretensión ilusoria, “el pesimismo razonable”. Pero esta perspectiva, lejos de agotarse en la pregunta por el poder, encontró su complemento en una corriente de la tradición liberal francesa que despuntó en el siglo XVIII con Montesquieu y culminó en el XIX con Tocqueville (se me ocurre, en tono de confidencia, que Aron soñaba secretamente con pintar él mismo, en pleno siglo XX, el tercer paisaje de este tríptico).

Acaso haya sido este el hallazgo más importante que le depuró la madurez. Esos benévolos observadores de la condición humana, arrinconados por las modas de posguerra, le abrieron definitivamente a Aron el horizonte de la libertad. Porque, al fin de cuentas, en el concepto de ley y constitución expuestos por Montesquieu y Tocqueville, convergía la vertiente de los valores universales, que van revelando en la historia la libertad y la igualdad –en una palabra, la dignidad de la persona humana–, con aquella que lentamente hace crecer en las sociedades la diversidad y el pluralismo: la ley, expresión de lo universal, y la ley entendida como regla que se adapta al espíritu de una nación; la ley, marco indispensable de la justicia, y la ley mediadora de la rivalidad y el con-

flicto. Siguiendo este camino, Aron pudo instalar los problemas políticos clásicos –la libertad y el poder, la justicia y la legitimidad, la guerra y la paz– en la sociedad industrial de su época.

La sociedad industrial y el totalitarismo

La lección de Montesquieu era para Aron transparente. No hay régimen político capaz de durar si el mismo no arraiga en los intereses, pasiones y concepciones del bien político que se van decantando en una sociedad concreta. Esos valores son los que, al cabo, habrán de sellar a las instituciones y a los gobernantes con el lacrado invisible de la legitimidad. Aron delimitó el problema político contemporáneo merced a este marco teórico; lo hizo, además, con el auxilio de cuatro enfoques complementarios sujetos a un riguroso análisis crítico: la visión de Tocqueville, que anunciaba el advenimiento de la igualdad, *l'esprit de géométrie* de Saint-Simon y Comte, constructores de la sociedad industrial; la profecía de Marx acerca del destino socialista del capitalismo, y la escéptica reflexión de Pareto, espectador maquiavelista de la radical desigualdad de los fenómenos humanos.

Este manejo de perspectivas no servía al propósito de diseñar una nueva filosofía ecléctica (como la de algún popular predecesor de Aron en la universidad francesa del siglo XIX), sino que buscaba recuperar los discursos a los cuales había dado origen una triple revolución: la revolución democrática, la revolución industrial y la revolución capitalista. Sobre este choque entre divergentes procesos de cambio, dignos del relato de la historia épica, Aron dejó caer una mirada mucho más atenta a la historia cotidiana de esos millones de seres humanos, habitantes de grandes ciudades que, por vez primera, disfrutaban los beneficios de la acumulación del capital, de la inversión productiva y de la innovación tecnológica. Emergía una nueva sociedad –él la llamó hace medio siglo *sociedad industrial*, rindiendo así homena-

je a Comte y Saint Simon— donde coexistía el sentimiento del ascenso individual, que impulsa la igualdad, con los obstáculos que lo detienen.

Aron retrató este conflicto por medio de un contrapunto entre Tocqueville y Marx, defensores respectivos de las libertades formales y de las libertades reales. ¿Es acaso lo mismo ser libre de hacer una cosa que ser capaz de realizarla? El porvenir está contenido en este interrogante porque la sociedad industrial del siglo XX era para él un género escindido en dos especies: una, consagrada a garantizar y desarrollar las libertades formales como principio básico de legitimidad; la otra, en cambio, entregada al afán de construir con la palanca de un Estado totalizador, por ende omnipresente, la capacidad real de los individuos. En una palabra, sociedades industriales, de carácter constitucional pluralista, cuya lógica abreva en el diálogo entre las libertades, y sociedades industriales de tipo soviético, con partido único y dominación ideocrática.

En 1835, Tocqueville había planteado un dilema: la igualdad, fuerza histórica incontenible, podía coexistir con la libertad o con el despotismo. Aron lo revirtió a su circunstancia con un añadido importante. El totalitarismo soviético fusionaba los dogmas de una religión secular con la eficacia del partido único. A la vez violento y tutelar —ideocrático hasta el exterminio con el disidente, rutinario con quien se pliega a su designio— ese régimen, empeñado en transformar completamente el contorno social con la planificación imperativa, había desmentido la teoría marxista. Para el padre del socialismo, la gran revolución capitalista, con su fáustica burguesía, era partera de la clase que habría de redimir a un mundo herido por la alienación. Aron observaba, en cambio, que el orden soviético había recorrido el camino inverso: una élite revolucionaria había conquistado un Estado exhausto y desde esa posición pretendía crear una nueva sociedad —un “hombre nuevo”, decían— mediante el uso sistemático de la violencia y el miedo. Esta combinación de creencias en la inevitabilidad histó-

rica (el concepto pertenece a I. Berlin) con la voluntad de una élite revolucionaria arrojaba un saldo pesimista: según Aron, la sociedad industrial y la inteligencia aplicada al progreso abrían la historia, pero el totalitarismo la cerraba.

La promesa de las libertades

¿Qué salvaguarda levantar entonces, frente a este nuevo dilema? Sólo cabía renovar las esperanzas en el arte de la libertad y confiar con entusiasmo en una realidad robusta, enemiga declarada de las ilusiones y desnuda de retórica milenarista. En sus años postreros, Aron asistió a una suerte de reconciliación histórica –incompleta y fugaz– que lo deslumbraba con la misma intensidad del primer momento, cuando avizó ese fenómeno treinta años atrás. Es que la conciencia de la dignidad humana, que trajo al mundo el ejercicio de las libertades civiles y políticas y de la ciudadanía democrática, había encontrado, en su accidentada marcha europea, los valores de la sociedad industrial, de la racionalidad económica y de la libertad de los mercados. Entre 1945 y 1975, Aron fue testigo de un formidable proceso de crecimiento económico y de un período histórico que albergó una medida civilizada de la justicia distributiva. Al debate ideológico acerca de la sociedad perfecta, o a la discusión abstracta sobre los derechos, la sociedad industrial respondía con una solución más prosaica: aumentaban las capacidades individuales y ellas expandían el contexto real en el cual regían las libertades formales. Dialéctica creativa, advertía Aron, entre el poder y la libertad.

Es raro compartir ruinas y reconstrucción. Aron tuvo ese privilegio y vio como se formaba una sociedad más rica, de grupos en conflicto, de poderes divididos y élites fragmentadas, que, no obstante, la arena pública convertía en diálogo creador entre libertades divergentes. Igualitaria por los sentimientos que animan a los individuos, esa pasión se detiene frente a las exigencias

de la racionalidad económica; liberal por su tradición individualista, las acciones inenabrábles que la habitan chocan a su vez con la oligarquización de la sociedad moderna en burocracias públicas y privadas. Cambiantes, en permanente movimiento, hostigados por mil contradicciones, los hombres y mujeres proyectaban sin embargo su mirada, a ojos de Aron, hacia un horizonte de concordia. La sociedad industrial de las libertades, sostenía Aron, es sin duda pluralista, pero, antes que nada, ella está regida por una *constitución*. Por consiguiente, sin respeto a la legalidad ni sentido del compromiso entre las élites rivales, esa sociedad estará condenada a perpetuar un lamentable fracaso histórico. Habría perdido su principio, el resorte espiritual que la mantiene viva.

¿Alcanzó Aron a percibir los efectos positivos de su prédica a favor de los regímenes constitucionales pluralistas? El fin del siglo le dio en parte la razón. Aron acertó en discernir la dirección que adoptaban las sociedades industriales de Occidente, sujetas al impacto del conocimiento científico, de la innovación tecnológica y del crecimiento económico y tuvo la ventaja de comprobar el ascenso, como hemos visto, de lo que hoy denominamos economías maduras o sustentables durante los “treinta gloriosos” años de crecimiento entre 1945 y 1975. Estas transformaciones, que se reflejaron en las esferas cultural y demográfica, se produjeron a la par del estancamiento de la experiencia comunista de planificación imperativa de todos los medios de producción e intercambio.

Sin embargo, Aron no previó al momento de su muerte en 1983 que la Unión Soviética, lejos de internarse en una etapa en la cual prevalecería una estabilidad derivada del congelamiento de sus estructuras burocrático-militares, estaba al borde de una abrupta implosión y de un estrepitoso derrumbe. El nuevo mundo que advino luego de ese parte aguas en la historia contemporánea no lo tuvo pues de testigo. Tampoco lo esperaba, aunque había adelantado, con la ayuda de un título memorable, el marco político de esa mundialización en marcha. A los Estados Unidos los calificó en 1973 de “república imperial”.

De esta situación por demás inédita, en la que el radical desafío del terrorismo y la guerra coexiste con una transferencia de poder del oeste hacia el este del planeta, se desprende la pregunta acerca de cuál sería el análisis y el consejo de Aron ante tamaña mudanza de valores y expectativas. Me atrevería a decir que no recogerían sus reflexiones una esquemática propuesta en pos de imponer una también unívoca solución, ni menos una suerte de fuga romántica hacia ensoñaciones pasadas o futuras.

El empeño por no abandonar jamás la exigencia de la lucidez chocó en vida de Aron con la humana propensión de soñar y fabricar utopías. Los temperamentos románticos, en particular en sociedades proclives al espejismo populista, tienen tanta importancia en la política como la disciplina para discernir con claridad lo que realmente nos pasa. Esta última actitud es menos popular que la primera. “En la medida en que la literatura política al estilo Sartre —escribió Aron en 1966— se considere normal, el esfuerzo por la lucidez y el distanciamiento que ha sido el de todos los filósofos se hace misterioso”. Esta perspectiva no es escéptica ni relativista. Supone convicciones y creencias arraigadas en la dignidad humana o, como declaró Aron al final de ese texto: “Esta fe no está despojada de esperanza pero desconfío de las esperanzas que proveen de buena conciencia a los asesinos”.³ La escisión de fondo entre riqueza y pobreza, y entre fanatismo y tolerancia persiste pues en el mundo, pero ya no habitan los espectros del pasado en muchas sociedades modernas, entre ellas las de Europa del Este. ¿Renacimiento de las libertades? Hay algo de cierto en este pronóstico que sin duda Aron habría analizado con cautela, sobre todo a la vista del impacto del terrorismo en países donde las libertades parecían definitivamente consolidadas. Ese era su norte. Un discípulo lo llamó *defensor civitatis* y *defensor humanitatis*.⁴ Es posible que el elogio no le hubiese disgustado del todo.

³ Raymond Aron, *Trois essais sur l'âge industriel*, París, Plon, 1966, p. 13.

⁴ Pierre Manent, “Raymond Aron, éducateur”, en *Commentaire*, *op. cit.*, p. 165. Este trabajo es un admirable testimonio acerca de los *moeurs de la liberté* que Aron compartía con sus amigos intelectuales.